

## El euskera, unificado

El hecho de que la lengua vasca tuviera, por la variedad de sus dialectos, una perentoria necesidad de ser unificada, estaba, desde hace tiempo, en la mente de todo vasco consciente. Pero en el camino de esta necesaria unificación, el obstáculo fundamental radicaba, precisamente, en una de sus más hermosas virtudes: la riqueza.

Si bien esa riqueza apenas hubiera tenido entidad de problema en el léxico, sí la tenía, y muy grave, en ese engranaje sustancial de toda lengua, cual es el verbo.

Los verbos vascos, salvo unos pocos que por tener dentro de sí todos los elementos necesarios para la conjugación llamamos «sintéticos», se valen para su variadísimo juego conjugatorio de una serie de verbos auxiliares. Y la diversidad de estos últimos —distintos en cada región dialectal— venía a constituir, en orden a la unificación, un escollo que parecía a todas luces insalvable.

En efecto, junto a una sed de unidad, se daba entre nosotros el natural apego a las formas propias. Se daba también a niveles más rutinarios, cierta simplista convicción de que, «habiendo mamado el euskera, nadie tiene que enseñarnos absolutamente nada». Y, como colofón, la postura de quienes, por no sentir esa sed, esgrimen continuamente el argumento de que «la variedad es cosa buena». No es difícil adivinar que en tales posturas incidían más de una vez factores que van desde la pereza hasta la arrogancia, pasando por absurdas suspicacias de matiz pseudo-político.

Dejando a un lado todo este tumulto, una vez remontados a cierto nivel de conciencias responsables, teníamos, por fortuna, en el campo de la lingüística vasca, una figura indiscutida: don Luis de Mitxelena. Cuanto de serio se ha intentado hacer en estos últimos años ha querido invocar, de alguna manera, la universalmente aceptada autoridad de este nombre.

Tras de muchas idas y venidas, en 1970, medio centenar largo de escritores y estudiosos del euskera dan un paso importante hacia la soñada unificación. Es un pacto provisional, una especie de juramento, consistente en el compromiso de utilizar, en tanto una comisión encabezada por Mitxelena, bajo los auspicios de la Academia de la Lengua Vasca, dictamine cuáles sean las formas más idóneas, un esquema único previamente aceptado por todos.

Fruto de este interesante convenio fue el libro «Batasunaren Kutxa» («Arca de la Unificación»), que ha sido hasta hace pocos meses el breviario de quienes, sobreponiéndose a sus naturales apegos, buscaba por encima de todo el logro de un «standard» básico.

Entre tanto, una comisión de expertos, representantes de la totalidad de los dialectos, incluidos naturalmente los de allende el Bidasoa, había recibido de la Academia de la Lengua Vasca el delicado encargo de preparar la selección. Y la condición previa, unánimemente acatada por todos sus miembros, consistía en dejar al criterio final de Mitxelena la decisión definitiva.

Por fin tal decisión ha sido adoptada. Y ratificada plenamente por la Academia, que la hace suya. En la separata del boletín de dicha institución, donde el resultado final de todo este impropio trabajo ha sido publicado, hay unas palabras de presentación escritas por Mitxelena en un euskera perfecto: «La Academia de la Lengua Vasca —dice entre otras cosas— ofrece a los vascos un camino, en la persuasión de que, aun a sabiendas de que es arduo, vale más que no disponer de ninguno. Somos ahora los vascos quienes tenemos la palabra».

La palabra de los vascos no ha de ser, por desgracia, unánime. Habrá quienes sigan todavía anteponiendo sus miras localistas, municipales, o sus concepciones folklóricas, a lo que viene a ser, ni más ni menos, cuestión de vida o muerte para el futuro del euskera, como lengua eficaz, moderna y vinculante.

Pero sin llegar tampoco a la ingenuidad de creer que ya lo tenemos todo logrado, el hecho histórico de que estamos dando cuenta es ya, sin duda alguna, irreversible. Quienes representan nuestra mejor esperanza, los escritores de la nueva generación, así como la juventud estudiosa que ansiaba disponer de un instrumento válido y unificante, lo tienen ya en sus manos.

Los frutos de este trabajo han de ser recogidos a largo plazo: cuando, a partir del lenguaje escrito, descienda esta unidad, hoy apenas esbozada, hasta el habla de todo el pueblo. ■ B. DE ARRIZABALAGA.



### Juan Aldebarán

la situación de su Gobierno es difícil en el interior.

Predominan, por otra parte, en Europa los intereses industriales, capitalistas, para quienes la escolta de la política económica —y general— de los Estados Unidos puede suponer ahora un aumento de beneficios o, por lo menos, una mayor seguridad de lo que supondría apartarse de ellos. La Europa industrial teme como al demonio (más, sin duda, que al demonio) la situación de desempleo y de pérdida grave del nivel adquisitivo que podría dar lugar a motines o a subversiones. Una nueva ola de anticomunismo brota en los países europeos, que lo habían matizado desde el final de la guerra fría y que ahora salta sobre todos los temas —como el de Soljenitsin, por ejemplo— para desanimar a los posibles revolucionarios.

Va estando cada vez más claro

que el entendimiento de la URSS y los Estados Unidos no alcanza ya a los países europeos más que en una medida muy relativa: la tendencia a constituir una «tercera fuerza» disminuye. Está claro que la Europa de los consumidores no gobierna, y que los consumidores consumen lo que les dan los grupos de poder.

Probablemente la conferencia del 11 de febrero no va a llegar a resoluciones visibles muy importantes. Los países productores no tendrán que ver en ella una amenaza, porque no la habrá. Son valores entendidos. Los países consumidores confirmarán que su dependencia de los Estados Unidos no ha terminado por ahora. Un comunicado más bien vago, una creación de organismos de trabajo será suficiente. Pero todos habrán acudido a los Estados Unidos y todos sabrán dónde está, por ahora, la verdadera fuerza. ■